



# **LA CASIMBA DE MABUYA Y OTROS CUENTOS DE INDIOS CUBANOS.**

**Marlene García Núñez y José Ramón Alonso Lorea.**

**Ilustración de portada**  
*Diego Alonso García*  
**Brihuega, Guadalajara, España, dic. 2012.**

**EECC2003**  
Edición *EstudiosCulturales2003.es*  
Miami, enero de 2015

Para esta edición digital, formato PDF, el compilador y los autores no autorizan la comercialización de este material. Su uso es gratuito y de interés pedagógico. Las imágenes utilizadas están protegidas por derechos de propiedad de entidades privadas.

*Edición y maquetación: José Ramón Alonso Lorea*

© *EstudiosCulturales2003.es*

© *Autores*

## Índice

*Historias de indios.* Pablo J. Hernández González /6.

*Este librito.* Los Autores /9.

HUIÓN Y MAROYA, o de cómo el sol y la luna crearon la primera pareja humana /13.

EL MITO DE IMAO, o de cómo surgieron los peces y las tortugas, la península y los cayos, los ríos y los mares, del país de Jagua /16.

CAONAO Y JAGUA, o de cómo el primer país tuvo nombre, los antiguos hombres aprendieron las primeras leyes, y nacieron todos los seres humanos que pueblan la tierra /19.

EL ORIGEN DEL GUAO Y LA TATAGUA, o de cómo convirtieron a niños llorones en plantas tóxicas y en mariposa nocturna a una madre cruel /22.

EL BAGÁ DE LOS DIOSES, o de cómo con esta fruta los primeros hombres agasajaban a sus muertos /26.

BAGUANO Y ACUNAY, o de cómo dos espíritus burlones, del agua uno, de la tierra el otro, compartían el no grato oficio de molestar al hombre /28.

EL PACTO DEL MANJUARÍ, o de cómo los primeros hombres aprendieron a pescar /31.

LA CASIMBA DE MABUYA, o de cómo el espíritu del mal perforó la tierra, regó la inmundicia y dejó pescuecidesplumada al aura tiñosa /34.

LA LUZ DEL CACIQUE HATUEY, o de cómo el cielo se ilumina con las cenizas de su cuerpo /37.

LOS JIGÜES DEL BAYAMO, o de cómo diminutos seres se enfrentaron a la fe cristiana /40.

EL COPEY DELATOR, o de cómo los primeros hombres conocieron la discreción /42.

LA CEIBA DE LA PAZ, o de cómo un árbol es reverenciado por sus atributos conciliatorios /46.

EL CONVERSO DE LA JAGUA INDIA, o de cómo un cristiano pactó con las antiguas deidades /48.

LA VIRGEN MESTIZA DE JAGUA, o de cómo la lujuria del pirata Jean, el agrado de Dios, una tuna y un cují, dieron origen a la flor marilope /50.

*¿Por qué conocer las palabras de los taínos?* Esteban Maciques Sánchez /53.

*Algunos libros consultados para escribir este librito /54.*

## Historias de indios.

Antaño y lejos, cuando mi sobrino Ramón Javier era pequeño, acostumbraba a llevarlo conmigo algunos viernes a las sesiones de visitas abiertas que entonces existían en el Museo Antropológico Montané de la Universidad de La *Habana*. Con apenas cinco o seis años, sentía fascinación por las colecciones y podía pasarse un buen rato observando la multitud de artefactos, ídolos, cerámicas y en particular los cráneos arcaicos y *aruacos*, que más de una vez reprodujo en rudas ilustraciones, algunas de las cuales aún conservo. El niño descubría con delectación las muestras arqueológicas, que convertían las esperadas excursiones en una doble diversión: pasear con su algo consentidor tío e “ir a ver los indios” del museo.

Tal impresión le dejaban esas vivencias, que luego exigía al padre y los abuelos que improvisaran algunas historias domésticas donde los protagonistas eran los indígenas, sus artefactos y, en ocasiones, los algo horriblos ídolos que poblaban entonces la espaciosa y única sala de exhibición del museo. El apuro de los improvisados narradores, para satisfacer la desbordada imaginación infantil e hilvanar convincentes relatos, muchas veces enmendados con cierta perentoriedad por el impaciente, severo e insomne oyente, era explicable. Quien esto escribe, apenas consiguió alguna que otra vez ofrecer un “cuento de indios” medianamente estructurado, y trataba de distraerlo con alguna que otra pobre fantasía, más o menos alejada del asunto.

Mi sobrino es hoy un adolescente, y aunque sigue atesorando su interés por aquella afición de su tío, prefiere leer textos más concienzudos sobre los indígenas que alguna vez poblaron las Antillas. No obstante, creo que disfrutará esta colección de relatos donde la mitología indoantillana campea con el mismo desenfado y naturalidad que en la rica imaginación de los niños, y la gracia de los narradores se combina con la envidia intelectual que avala la búsqueda en que se basan los textos.

A diferencia de lo ocurrido en otras islas vecinas, donde ha sido magnificado —incluso llevado a la categoría de icono “nacional”, por la historia oficial— el tema del indio, parece no ocupar un lugar particular en la literatura o historia modernas en

*Cuba*, superada por más de un siglo las exaltaciones nacionalistas del pasado aborígen, el sabido “siboneyismo”. Aunque nunca han estado ausentes novelas con tramas más o menos románticas, populares y duraderas melodías que evocan —en castellano lamento— el desaparecido indígena (no encuadrado muy exactamente en las clasificaciones culturales admitidas por los especialistas contemporáneos), y quizás hasta alguna interesante versión operística de aquellas gentes primeras, por razones que merecen otro espacio, la memoria de las comunidades indígenas del archipiélago está livianamente asentada en lo que hoy los autores entendidos llaman “el imaginario popular cubano”. En realidad apenas ciertos folcloristas, como los que inspiran a Marlene García y José Ramón Alonso en este libro, son los que con tenacidad y modestia han salvado estas dispersas referencias.

Afianzadas en las tradiciones rurales de algunas provincias del interior de la isla de *Cuba*, han sido recogidas singularmente entre campesinos de las regiones centrales y orientales, y no así —quizás por ausencia de una investigación sistemática—, en los distritos occidentales, lo que viene a coincidir de modo interesante con las comarcas histórica y arqueológicamente comprobadas como de apreciable densidad de población indocubana en el siglo de la conquista. Esto, a mi juicio, podría ameritar una superposición del mapa cultural indígena sobre el de la procedencia geográfica de las tradiciones registradas y conservadas, intentando inferir algunas consideraciones sobre la pervivencia de una memoria —si bien algo diluida, es cierto, pero memoria al fin— vigente aún a inicios del siglo XX.

No deja de ser inquietante la profusión de leyendas indígenas procedentes de la comarca sureña de la bahía de *Jagua*, poblada por uno de los más importantes cacicazgos y comunidades *aruacas*, a la llegada de la hueste conquistadora de Diego Velázquez de Cuéllar en 1514. Confío que, si los autores, en proyectos venideros, siguen indagando en el folklore provincial cubano, en especial el de los distritos orientales, es probable que puedan añadir otras interesantes narraciones a las que ahora nos presentan.

Con esta compilación, los tímidos habitantes de la antigua floresta mitológica antillana vuelven a hacer travesuras: *jicoteas*,

*tataguas, manjuaríes y auras* tiñosas se entremezclan con vengativos *jigües* y *huipias* nocturnales, ectoplasmas errantes y veneradas arboladas que aún despiertan ciertos atávicos temores entre los contemporáneos que pernoctan en montes, cuevas o abrigos rocosos de ciertas comarcas isleñas.

Quizás sea apropiado incluir en toda presentación algunas palabras sobre la competencia de los autores. Conozco a ambos bastante bien y desde suficiente tiempo, como para suscribir en una dedicatoria cuan ejemplar, productiva y original entrega (pasión intelectual aplicaría mejor) anima sus estudios de la prehistoria antillana, y la de *Cuba* en particular. Y a la vez congratularme al ver la gradual aparición de los apuntes afanosamente colectados en bibliotecas, museos y no pocas pintorescas e inolvidables excursiones de campo en pos de las elusivas referencias materiales del indoantillano que sobreviven por las campañas cubanas; siempre sin la asistencia de las instituciones académicas y científicas que debían promover estos proyectos, con apenas el estímulo de unos pocos colegas, amigos y mentores de la mejor valía. Esta obra es consecuencia explicable de una pertinaz dedicación intelectual, de unos afanes personales que han conseguido prevalecer en la enrarecida atmósfera facultativa hoy imperante en *Cuba* y las múltiples orfandades del exilio.

Marlene y José, algunos años después, pero siempre oportunos, me han brindado el alivio a las otrora imperiosas demandas de un sobrinito afanoso de “historias de indios”. Es algo que agradezco en presente y retrospectiva. En tanto que algún pequeño inquieto, curioso investigador, discreto catedrático, arqueólogo por cuenta propia, o lector común y corriente se abandonen a la fantasía, estos personajes quizás algo inasibles antes, tienen ahora muchas probabilidades de hacernos alguna inesperada visita desde las páginas e ilustraciones de este libro.

Pablo J. Hernández González.  
San Juan, Puerto Rico, verano de 2001.



## **Este librito.**

El presente librito es fruto de un largo trabajo de búsqueda, investigación, compilación y paciente reescritura. Puede ser su lector cualquiera que se interese por las leyendas cubanas que aquí se cuentan. Pero está especialmente redactado para ti, niño o joven lector cubano que vives dentro o fuera del archipiélago.

*La Casimba de Mabuya* reúne, de entre un número mayor de relatos generalmente desconocidos, catorce historias que recuerdan a aquellos primeros cubanos, quienes habitaron durante más de siete mil años el archipiélago, comieron de sus frutos y peces, y fumaron de su *tabaco*. Sobre la huella de estos antiguos se incorporó, con el tiempo, elementos de la cultura hispana y de la africana. Ellos, los indios, dejaron los nombres de muchísimas zonas de la geografía —entre ellos la voz *Cuba*—, los nombres de la flora y la fauna, y —por si fuera poco— también estos cuentos que ahora reescribimos para ti.

¿Por qué reescribimos estos cuentos?... Por una simple razón. A nosotros estas leyendas nos han llegado con inexactitudes culturales, son hijas del mismo proceso de mestizaje que el de los actuales pobladores de las islas. Diezmada la población indígena, y desaparecida su cultura bajo la conquista y colonización hispana, estas historias han pasado de generación a generación, por la vía de la tradición oral, durante cinco siglos. Y en ese largo tiempo se le han ido incorporando anacronismos, es decir, hechos y atributos culturales que nunca fueron propios de las culturas indocubanas.

Por ejemplo, no puede ser que *Mabuya* tuviera “manchado el cuerpo con el tizne del infierno”, o que fuera una “jerarquía infernal” o “el diablo” o “el demonio”, porque estas son todas valoraciones desde la religiosidad cristiana, no tienen nada que ver con la concepción de la muerte, o de la vida en la “Casa-de-los-Muertos”, que tenían los indoantillanos.

Igualmente sucede con el arco y la flecha, no eran armas propias del indio cubano. Para la guerra, el trabajo y la caza, ellos usaron hachas de piedra enmangadas en madera; también de madera construyeron lanzas pequeñas y arrojadizas, y la conocida *macana*, especie de espadón con filos romos, hecho de madera de palma. Además, en las leyendas que presentamos, descartamos el

uso del término *siboney* —o *ciboney*— que con tanta reiteración se menciona en ellas, porque los sucesos que se cuentan —principalmente los relacionados con la agricultura y las técnicas de pesca— son propios del horizonte cultural *taíno*.

Asimismo, estuvimos obligados a reescribir porque, para construir una historia, hemos tenido que reunir muchas versiones que se han recogido de un mismo mito. Desde dos en la leyenda sobre el pez llamado *manjuarí*, hasta más de veinte relatos de informantes para estructurar el mito del *cacique Hatuey*.

Como ves joven lector, a nosotros nos instan dos pretensiones fundamentales: crear adaptaciones literarias que intenten recuperar el mito lo más pegado posible al original, y conservar la tradición haciéndola llegar a tus manos a través de este librito.

De las catorce historias de tema aborígen que encontrarás, las primeras ocho corresponden al período prehispánico cubano. Algunas de ellas pertenecen a la región mítica de *Jagua*, lugar donde más tarde vivió el padre Bartolomé de Las Casas, y donde hizo su famosa conversión de encomendero a protector y defensor de los indios. De los últimos seis cuentos, cuatro abordan el período de la conquista hispana y dos el de la colonización hispana.

Otros tres aspectos más te diremos que no debes pasar por alto. Primero, el uso de la palabra “indio”, en estos cuentos, lo hacemos con toda intención. Es algo así como una irreverencia, pero tiene su justificación. El mencionado vocablo se mira con recelo, con manifiesta desconfianza, desde algunas instituciones académicas que se dedican a los estudios de prehistoria. Estas academias (que están en *Cuba*, y en general en las Antillas que hablan en español) se resisten a usarlo. Es como una mala palabra. Y quienes no la usan se justifican con la lamentable confusión geográfica y cultural de Cristóbal Colón —que cuando llegó al *Caribe* pensó que había llegado al Asia, y por ende, a la India de ese continente— o porque a veces se le da a ese sustantivo un sentido despectivo. Pero el vocablo llegó, junto con Colón, para quedarse, es bastante popular, más que “aborígen”, y está, como raíz, en la formación de más de veinte palabras de la lengua española que se suelen usar para referirse al hombre y a las

sociedades antiguas de América. ¿Ejemplos?... aquí los tienes: *Amerindia*, *amerindio*, *indiada*, *indianismo*, *indianista*, *indiano*, *indígena*, *indigenado*, *indigenismo*, *indigenista*, *indiófilo*, *indoamericano*, *indoantillano*, *indocubano*, *indocultura*...

Segundo, te llamará la atención lo largo que son los títulos de los cuentos, y eso también tiene su explicación. Hace quinientos años, cuando todavía vivían las culturas indocubanas, y los españoles pusieron sus pies en las islas por primera vez, se escribían los títulos así de largos en los libros. Con un “de cómo” u otra frase similar, se quería explicar o precisar aquellos elementos esenciales de la narración que aparecía a continuación. También nosotros lo hemos hecho así, porque nos hemos imaginado un viaje al archipiélago cubano del siglo XV, en el que nos reencontramos con un indio viejo que nos contó las historias que ahora te contamos. A él se las contó su padre que a su vez se las contó su padre. Lo mismo le sucedió al fraile Ramón Pané hace quinientos años, cuando llegó a la isla que hoy comparten *Haití* y Santo Domingo. Él, a finales del siglo XV, también escribió un librito en esta isla, titulado “Relación acerca de las antigüedades de los indios”, en el que habla de los mitos y ceremonias de aquellos antiguos hombres. El texto de Pané es el primero escrito por un europeo en América, y es un libro que debes leer. Y a ellos, al libro, al autor y a los indios que le contaron a Pané las historias de sus abuelos, hemos querido dedicarles el nuestro.

Tercero, te encontrarás, al inicio de cada cuento, un párrafo que te hablará de ciertas tradiciones orales, dichos, usos y costumbres que tienen los cubanos de hoy, y que están relacionadas o que vienen directamente —sin estar ni enterados— de pasajes míticos de aquellos antiguos cubanos. En este párrafo también conocerás los nombres de personas que han recogido estas narraciones en el campo cubano, y de cómo las historias han ido pasando de boca a boca —o de libro a libro, que es igual y de mucho agradecer—. Tienes un ejemplo en la leyenda de *Mabaya*, que pasó de Estelio a Andrés, de Andrés a Samuel, de Samuel a nosotros, y de nosotros a ti. Y a ti te tocará seguirla contando o reescribiendo para que se mantenga la tradición.

También, al inicio de cada cuento, tendrás un breve glosario donde ampliarás conocimientos sobre algunas palabras

que a lo mejor desconoces. En algunas de ellas, siempre que se pudo, estudiamos su posible significado original. Son palabras poco habituales en nuestras conversaciones comunes, o que ya ni se usan y sólo las hallarías en la literatura especializada, esa que se dedica al estudio de las antiguas culturas de las Antillas. Además de los nombres de sus personajes míticos, encontrarás los nombres de objetos y atributos usados por los extintos indios, y nombres indígenas de la flora y la fauna autóctonas de *Cuba* que aparecerán en cursiva a lo largo de este librito.

Finalmente, sobre la autenticidad de los mitos, puedes comprobar en algunos cómo coincide la historia que se narra con el significado de los nombres aborígenes de los protagonistas. No es el azar, tampoco invención de unos *guajiros* que desconocían la lengua que hablaban los antiguos indios. Y hasta el *cacique Hatuey* o *Yahatuey*, que realmente existió, parece llevar inscrito en su nombre el destino mítico que el *behique* de su tribu le habría vaticinado: *espíritu-que-brilla-en-el-cielo* o *espíritu-celeste*. Como escribió Samuel Feijóo, estos mitos “son originales y revelan una recia, sencilla imaginación poética insular”. Después de leerlos, a ti te tocará contarlos.

Los autores.

Madrid, abril de 2002—Miami, diciembre de 2014.

*HUIÓN Y MAROYA, o de cómo el sol y la luna crearon la primera pareja humana.*

Según una historia que le contaron a Pedro Modesto en la antigua provincia de la *Jagua* india, el primer hombre que habitó las islas debe su creación al Sol. Siendo la Luna, por su parte, quien engendró a la primera mujer. Quiso Pedro que esta leyenda, que recoge el alba de la humanidad insular, fuese por todos conocida, y se la entregó a Adrián del Valle para que la hiciera pública en su libro Tradiciones y leyendas de Cienfuegos (La Habana, 1919). Gracias a Pedro y al libro de Adrián, ahora nosotros la contamos para ti.

#### GLOSARIO

**Hamao.** Primer hombre. Según Breton, *amáoti*, hombre retirado, sedentario, solitario; *ámoin*, uno; *ayoumóumêti*, hombre solitario.

**Huíón.** Sol. Según Arrom, *Huiho* significa estrella en aruaco, lengua que también hablaban los indios de Cuba. Entre los indios caribes de las antillas menores, *Hiieiu* es el Sol según César R., *Huéyou* según Breton.

**Maroya.** Luna o Espíritu Sin Nube. Según Arrom, *ma-* es prefijo privativo sin, carente de; la raíz *aro*, nube; *ya*, espíritu.

**Ocón.** Tierra. En Arrom, *conuco*, *kunuco*, es bosque, selva; *Cuba*, *Coba*, es tierra. En Vocabulario arawaco, *cunucu* es monte y *mottuco* es tierra. Según Breton, *óka* es tierra.

En tiempos muy remotos el hombre no existía. Desde entonces, *Huíón* (el sol) y *Maroya* (la luna) han sido los eternos compañeros de *Ocón* (la tierra). *Huíón*, al despertar, abandonaba su cueva para ascender en el cielo, justo cuando *Maroya* descendía a la suya para dormir. La alternatividad de estos dioses en el cielo de *Ocón*, indicaban el paso del tiempo marcado por la sucesión de los días y las noches.

*Huíón*, día a día, regalaba a *Ocón* la luz y el calor, tan necesarios para la existencia de todos los seres vivos —animales y vegetales— que habitaban en *Ocón*. *Maroya*, para equilibrar,

proporcionaba a *Ocón* la frescura de la noche y el tiempo para el descanso.

Aparentemente el mundo estaba completo. Así era entonces la armonía del Universo. Pero *Huión* era vanidoso y, a pesar de saberse útil y de ostentar una luz eneguedora que no permitía ver el resto de los astros, no se conformaba. Para él no era suficiente sentirse rey de los astros. Necesitaba, además, un ser inteligente que lo admirara y adorase en él al señor todopoderoso proveedor de la luz, el calor y la vida.

Fue así cómo, tras un conjuro mágico, *Huión* creó al primer hombre: *Hamao*. Un ser que, entre otras cualidades, heredaba la arrogancia de su astro paterno, y mostraba ante todos los habitantes de *Ocón* la realeza de su ascendencia.

Tal y como lo deseaba su creador, *Hamao*, día tras día, comenzó a admirar el poder y la fortaleza de su padre. Por ello, todas las mañanas esperaba su salida para saludarle, y todas las tardes aguardaba su retirada para expresarle la admiración y gratitud que sentía por él.

*Ocón* le concedía a *Hamao* la compañía de una vegetación exuberante y de otros muchos seres que se juntaban para amarse, vivir en pareja y premiar a *Ocón* con el nacimiento de una nueva criatura engendrada por ellos mismos. Aseguraban así, el infinito ciclo de la vida. En medio de tanta manifestación de amor, *Hamao* comenzó a sentir tristeza por la inutilidad de su existencia solitaria, y frecuentemente se le oía expresar lo mucho que deseaba una compañera que le amase e hiciera de él un ser fértil, tan capaz como los otros de ofrecer una nueva vida a *Ocón*. Pero tantísima era la vanidad de *Huión* y el amor que sentía por sí mismo, que no se percató que la pasión que *Hamao* le tenía no bastaba para llenar su corazón de hombre solitario.

Entonces *Maroya* sintió pena por *Hamao* a causa de la inmensa soledad en que vivía, y complacida por hacer el bien ajeno, cosa común en ella, tras otro conjuro mágico creó a la primera mujer: *Guanaroca*, quien heredaba las más bellas cualidades de su madre.

Grande fue la alegría del primer hombre, porque al fin tenía un ser que le hiciera compañía. Un ser con quien compartir penas y goces, trabajos y diversiones, y hasta idolatrías: si *Hamao*

adoraba al Sol, *Guanaroca* adoraba a la Luna. Ahora el mundo sí tenía un equilibrio.

Del grandísimo amor de ambos nació *Imao*, el primer hijo.

*EL MITO DE IMAO, o de cómo surgieron los peces y las tortugas, la península y los cayos, los ríos y los mares, del país de Jagua.*

Ya pocos recuerdan aquella viejísima leyenda que nos enseñaba cómo aprovechar la dura corteza del *güiro* para retener el agua. Esa misma historia que revela, además, por qué en *Cuba* se dice “guindar el *güiro*” o “guindar” por morir, o “coger el *güiro*” por descubrir alguna cosa oculta, reservada, que no queremos que se sepa. Un día le contaron a Pedro Modesto cómo, de los restos de *Imao*, el primer hijo, escondidos dentro de un *güiro*, ocurrió el mayor prodigio que madre viera: la muerte que se transforma en semilla. Pedro le hizo llegar la historia a Adrián del Valle, éste la publicó en su libro, y nosotros ahora la recreamos para ti.

## GLOSARIO

**Guanaroca.** Según Arrom, en *goajiro*, lengua aruaca, *guanoru* significa enfermedad. Según Valdés, la terminación *-ka* da a la palabra valor totémico. *Guanoruka* sería Gran Enfermedad o Gran Dolor. Según Breton, *Agnoúraca*, es curar, recetar medicamentos; *Agnoouroúraca* es remedio, medicina; *Agnoúraca oni*, es salud.

**guindar.** En Cuba, colgar, suspender una cosa.

**güiro.** Bejuco rastrero que echa las guías y las hojas como la calabaza. Es conocido científicamente por *Lagenaria vulgaris*. El fruto, también llamado *güiro*, es grande y con figura de garrafa, y su corteza, madura, se pone dura y sirve de vasija.

**Imao.** Primer hijo. Según el cronista César R., *Yamuanri*, *Imáku*, *Imulu* tiene el significado de “mi hijo” entre los indios caribe de las antillas menores. En Pané, *Yermao* es uno de los tantos nombres del *cemí* principal de los *taínos* de La Española.

**Jagua.** Región costera del centro—sur de la isla de Cuba.

**jicotea.** Especie de pequeña tortuga, conocida científicamente por *Ppseudemis decussata decusata*.



**monte.** En Cuba, bosque. Lugar despoblado lleno de árboles, arbustos y demás vegetales silvestres.

**tripilingo.** En Cuba, desorden grande e incontrolado.

Hace muchísimos años, los únicos humanos que habitaban la tierra eran *Hamao* (el primer hombre, creado por el Sol) y *Guanaroca* (la primera mujer, creada por la Luna). Del inmenso amor de esta primera pareja humana nació *Imao*, el primer hijo.

*Guanaroca*, que había heredado la dulzura y sensibilidad de su madre, volcó en su hijo todo su cariño. Pero *Hamao*, que había heredado la arrogancia y vanidad de su padre, no se resignaba a compartir el amor de su mujer con el pequeño hijo. Por ello, una noche, en un grandísimo arrebato de celos, cogió al niño y se lo llevó al monte. El camino se hacía largo, y la frialdad de la noche y la falta de alimentos terminaron por arrebatarle la vida al tierno *Imao*.

Entonces *Hamao*, para ocultar su delito, tomó un gran *güiro*, lo perforó y escondió en su interior el cuerpo frío de su hijo. Luego lo guindó de la rama de un árbol y, muy asustado por lo ocurrido, voceaba entre sollozos:

–¡Oh padre, he matado a mi propio hijo! Ayúdame a reparar el daño.

Mientras esto ocurría, *Guanaroca*, que dormía, sintió la molestia de una luz en sus ojos. Era su madre, la Luna, que intentaba avisarle del peligro que corría su hijo. Se despertó *Guanaroca*, y al notar la falta de su pequeño se echó a correr como una loca, en su búsqueda, y a un mismo tiempo gritaba desesperada:

–*Imao*, hijo mío, ¿dónde estás? *Imao*...

Vagó ansiosa toda la noche por el bosque sin encontrar rastro de su niño y, ya rendida por el cansancio y la tristeza, se desplomó en el suelo. Entonces, el grito estridente de un pájaro negro le hizo levantar la cabeza hasta topar su vista con aquel *güiro* que no guindaba, precisamente, de una mata de *güiro*.

El instinto de madre, que le hacía revisar hasta en los lugares más insólitos, no le permitió ignorar el contenido de aquel fruto, que ya era alcanzado por los primeros rayos del sol. Se levantó, subió al árbol y tomó en sus manos el *güiro*. Luego puso

uno de sus ojos en el agujero y observó, con espanto, el cadáver de su pequeño.

Tan grande fue su dolor de madre, y tanto el temblor que la pena le causara, que el *güiro* se escapó de sus manos mientras se lamentaba:

—¿Por qué... por qué he de quedarme sin mi pequeño?

Entonces apareció el Sol en toda su plenitud y le dijo:

—No llores mujer, y seca tus ojos para que vean lo que acontecerá, porque *Imao* será la simiente de la cual brotará la felicidad de tu pueblo.

Dicho esto, el *güiro* se rompió contra el suelo y *Guanaroca* fue testigo del mayor milagro jamás concebido. Del *güiro* se derramó una enorme cantidad de líquido y peces, que formaron los ríos que bañan el país de *Jagua*. Salieron tortugas y *jicoteas* de todos los tamaños, y algunas se convirtieron en los cayos de la bahía de *Jagua*. La mayor de las tortugas, antes de transformarse en la Península de *Majagua*, en el tripilingo con los demás seres marinos perdió su pata izquierda que, ya desprendida y en atolondrado vaivén, se convirtió en Cayo Loco. Las lágrimas salobres de la madre, entonces, formaron la laguna y el laberinto que llevan su nombre: *Guanaroca*.

Así nació *Jagua*, el primer país de los primeros hombres.

*CAONAO Y JAGUA, o de cómo el primer país tuvo nombre, los antiguos hombres aprendieron las primeras leyes, y nacieron todos los seres humanos que pueblan la tierra.*

Es la *jagua* uno de esos árboles del monte cubano que tanto bien le ha hecho al hombre. De su fruto se hacen dulces, licores, refrescos y vinagre. Nos cuenta el padre Bartolomé de La Casas —quien vivió en esta mítica región cubana, donde se transformó de encomendero a defensor de los indios—, que el “zumo de esta fruta es blanco y poco a poco se hace una tinta muy negra conque teñían los indios sus cosas de algodón y nosotros escribíamos. Este zumo tiene la virtud de apretar las carnes y quitar el cansancio de las piernas y por eso se untaban los indios las piernas y todo el cuerpo”. También se aprovecha la madera de su tronco para cabos de hachas y teleras de arado. Sin embargo, a Pedro Modesto aún le contaron la más antigua historia que se recuerda sobre esta planta. A petición de Pedro, Adrián del Valle publica la leyenda en su libro.

#### **GLOSARIO**

**jaba.** Antiguamente, tipo de cesta hecha con fibras de palma tejidas. En la actualidad es una especie de bolsa que también se confecciona con otros materiales. Sirve para transportar frutas, carnes y otros artículos.

**jagua.** En Cuba, árbol silvestre que era muy común, y que hoy escasea debido a las deforestaciones indiscriminadas. *Genipa americana* es su nombre científico.

**pitirre.** Nombre que se aplica en Cuba a varias especies de aves de la familia de los tiránidos. Es común ver en los montes de Cuba al “pitirre real” (*Tyrannus cubensis*) y al “pitirre guatíbere” (*Tyrannus caudifasciatus*). El nombre es onomatopéyico, es decir, que imita el canto de estos pájaros.

**pitirreo.** Canto del pitirre: *pitirrr...*

Tras la muerte de *Imao* (el primer hijo), la primera pareja humana sufrió el primer dolor. *Hamao*, el padre, se arrepintió de aquellos injustificados celos que le causaran la muerte a su hijo e

imploró el perdón de *Guanaroca*, su esposa. Luego del perdón nació el segundo hijo: *Caonao*, que en lengua de indios quiere decir: con—valor, con—precio, con—mérito.

Creció el niño bajo la protección y el cariño de sus padres. Pero, pasado el tiempo, *Caonao* se hizo hombre y una triste sensación, que no se podía explicar, comenzó a invadir su alma. “Mi vida es tranquila, mis padres me quieren... ¿por qué este amargo sentimiento que llena mi corazón?”, se decía una y otra vez.

Pero, por más que se lo preguntaba, no hallaba respuesta. Sin él saberlo, estaba reviviendo la misma historia de su padre. Hasta que un día oyó un alegre pitirreo que llamó su atención. Eran dos pitirres que se acariciaban y retozaban por entre las ramas de un árbol. Fue en ese momento que *Caonao* supo el porqué de aquel extraño sentimiento. No tenía una compañera con quien compartir su vida, ninguna mujer le esperaba en casa para amarle. Sólo existía una en la tierra, y esa era su madre.

Una tarde, *Caonao* vagaba entristecido por el campo. No conseguía dejar de pensar en su inmensa soledad y rogaba a los dioses una mujer para amar y ser amado. De repente, y sin que él se lo esperara, pues conocía muy bien el camino, tropezó con un tronco. Era un árbol desconocido, muy alto y de hojas muy verdes. Estaba cubierto por abundantes frutas parduscas, grandes y ovaladas. Muchas, ya maduras, se desprendían y caían al suelo. Algunas, tras el golpe, se reventaban dejando al descubierto su interior carnoso y lleno de semillas.

*Caonao* sintió como si las frutas lo invitasen a comerlas. Cogió una de las más apetitosas y la mordió con avidez. Mientras se deleitaba dijo:

—¡Uhm, qué raro sabor agridulce! Nunca antes la había probado. Creo que me las llevo todas.

Dicho esto se dispuso a agrupar las frutas para luego ir por una *jaba* a su casa. Mientras las recogía le sorprendió la noche. Y cuál no sería su asombro cuando un rayo de luna hirió las frutas amontonadas, e hizo brotar de ellas a una hermosa mujer que cubría su desnudez con el zumo de las frutas. Era una joven alegre, de piel tersa, ojos provocadores y labios gruesos muy rojos. Su cabellera era tan negra como la tinta de dichas frutas. Por primera

vez *Caonao* sintió el amor y dio gracias a *Maroya* (la luna) por el obsequio de tan bella mujer. Entonces la luna le dijo:

–Esta mujer se llama *Jagua*, que significa manantial, fuente, principio. Ella dará nombre a tu país, al sagrado árbol y a las frutas de las que acaba de nacer. Les enseñará a los hombres las leyes que rigen la vida en sociedad. Aprenderán de ella el arte de la pesca y la caza, el cultivo de los campos, el canto y el baile y la manera de curar las enfermedades. La harás tu esposa y ambos engendrarán numerosa descendencia.

*Caonao* y *Jagua* se amaron siempre. Si *Guanaroca* sólo paría varones, *Jagua* sólo paría hembras. Los hijos de *Guanaroca* se casaron con las hijas de *Jagua*. Y de aquellas primeras parejas salieron todos los seres humanos que pueblan a *Ocón*, la tierra.

***EL ORIGEN DEL GUAO Y LA TATAGUA, o de cómo convirtieron a niños llorones en plantas tóxicas y en mariposa nocturna a una madre cruel.***

Según cuenta Adrián del Valle, “es creencia bastante generalizada que las brujas o grandes mariposas de color obscuro tienen significación maléfica, anunciando, allí donde entran, alguna desgracia y aun la muerte de un familiar. Es una adulteración del significado verdadero que le atribuye la tradición a la *tatagua* (o bruja) cuando se introduce en una casa y revoloteando se posa dentro de ella”. Todavía hoy se tiene esa creencia. La historia que a continuación te narramos despierta compasión y amistad por la *tatagua* y, al mismo tiempo, te entera del maleficio que dio origen al *guao*. Este mito cubano lo recogió Pedro Modesto en la antigua zona de la *Jagua* india, quien, a través de una carta, se lo hizo llegar a Adrián del Valle para que lo hiciera publicar.

**GLOSARIO**

**Aipirí.** Danzante convertida en mariposa. Según Vocabulario arawaco, *ybbini* es bailar.

**guanín.** Oro. Esta palabra, con la extinción de la cultura de los indios antillanos, cayó en desuso.

**guao.** Arbusto que produce un jugo lechoso maligno. *Comocladia* es su nombre científico.

**guateque.** Fiesta bulliciosa en el campo cubano.

**mata.** En Cuba, cualquier vegetal, sea árbol, arbusto o hierba.

**tatagua.** Mariposa nocturna de Cuba, científicamente conocida por *Erebus odorata*.

Desde que el mundo es mundo, coexisten los contrarios: el día y la noche, el frío y el calor... y la tan conocida lucha entre el bien y el mal. El mal muchas veces impone su voluntad, y la única forma de vencerlo es desafiándole con el bien. La historia que ahora te contamos es un ejemplo de cómo, una vez más, el espíritu del bien enfrentó al espíritu del mal.

Ya son muchos los años que lleva la *tatagua* visitando los hogares alguna que otra noche. Muchos creen que esta mariposa de cuerpo grueso, alas cortas y color oscuro, también conocida por el nombre de mariposa bruja, se les presenta para anunciar una desgracia. Es por ello que, presas de pánico, la ahuyentan por temor a que les traiga la mala suerte. Sin embargo, la nocturna mariposa se introduce en las casas con el único objetivo de advertir, no una desventura, sino a las madres que cuiden de sus pequeños, para que estos no tengan que llorar por frío, a falta de calor materno. Porque... un día la *tatagua* fue una hermosa muchacha llamada *Aipirí*. Pero esto fue hace muchísimo tiempo, tanto, que tampoco existía la mata de *guao*.

Fue *Aipirí* una india que vivió en el país de *Jagua*. Llamaba la atención por su belleza y gran alegría. Era esbelta, de negra cabellera, ojos rasgados y mirar insinuante. Gustaba engalanarse con prendas de vivos colores: piedras, conchas, colgantes, pulseras de *guanín*... Presumía de resaltar entre las demás mujeres, y para ello adornaba su oscuro cabello con flores del rojo más encendido. Pero estas no eran las únicas virtudes de que estaba dotada *Aipirí*, pues a menudo se decían frases como estas:

–¡Ah, cuánta ligereza y alegría al danzar!... Sólo es comparable con el revoloteo colorido de las mariposas.

–Su canto es tan melodioso, como el silbar de una flauta.

Era tanta su pasión por el canto y el baile, que no perdía ocasión para hacer gala de tales habilidades en cuanto *guateque* se celebraba.

A una muchacha tan bella no faltaban pretendientes. Y decidió un día, para envidia de otras mujeres, unirse en amores a un gran cazador. La noche de su boda fue una noche de suspiros, en la que se escuchaba comentar a las muchachas casaderas:

–¡Hum... qué hombre tan apuesto!

–¡Cuánta suerte la de *Aipirí*! – y se referían a que ella había conquistado el amor de uno de los hombres más valientes de la tribu

Pero no simpatizaba *Mabuya*, el espíritu del mal, con tanta felicidad y perfección. Y, una vez nacido el primer hijo de la pareja, comenzó a tentar a la joven madre para que se fuera de fiestas y dejara solo a su crío. Esto lo hacía con el fin de empañar

las virtudes de *Aipirí*, y lograr uno de sus maleficios en la indefensa criatura. Contrariamente, el espíritu del bien inculcaba en *Aipirí* el amor, la buena conducta y los instintos maternos.

Se desató entonces una tremenda lucha entre el bien y el mal por penetrar el alma de la muchacha. Muchas eran las tentaciones que le ofrecía, sin ella saberlo, el espíritu maléfico: diversiones, fiestas, y libertad sin obligaciones. La inexperta joven abrió su corazón a *Mabuya*, y cada tarde se ausentaba un ratito, mientras su pequeño niño lloraba a causa del hambre y la soledad a que injustamente lo condenaban.

Poco antes de que llegara el marido de su diaria cacería por los montes en busca de sustento, regresaba *Aipirí* a la casa, por lo que éste no se enteraba de tan irresponsable comportamiento.

Tras un hijo vino otro, y otro, y otro... hasta seis. Pero esto no era obstáculo para que la olvidadiza madre continuara sus ocultas y ya largas escapatorias. Hasta llegó el tiempo en que, dominada totalmente por *Mabuya*, permanecía más tiempo fuera de la casa que dentro.

Mientras, los niños, sometidos al mayor desamparo y faltos de una buena alimentación, de la enseñanza de buenos hábitos y, sobre todo, del calor materno, se la pasaban llorando sin cesar, inundando todo el campo con su ruidoso ¡*guaaaoo!* ¡*guaaaoo!* ¡*guaaaoo!*...

Llegado al clímax de su horrible maldad, decidió *Mabuya* consumir su maleficio. Convirtió entonces a los infantes llorones en arbustos con las fatales características que él había sembrado en ellos: plantas silvestres, de hojas tormentosas, nerviosas y puntiagudas, que expele un jugo lechoso y maligno que, al contacto con la piel, produce irritaciones, llagas y hasta algún quejido que recuerda el llanto de los niños: ¡*guao!* Dicen, también, que hasta hinchazón y fiebre causa la sombra de esta mata ya conocida por todos con el nombre de *guao*.

Por su parte, el espíritu del bien, ante tanta crueldad, decidió hacer justicia y rompió el maleficio en que se encontraba atrapada la joven madre. Y, a sabiendas de la pasión que sentía *Aipirí* por la danza, decidió convertirla en la mariposa nocturna oscura y de alas cortas que hoy conocemos por el nombre de *tatagua*. Pero esta vez su revoloteo no estaría asociado a las fiestas



y bailes, sino a llamar la atención de las madres, cuidarlas de *Mabuya*, y recordarles sus más sagrados deberes: proteger, educar y amar a sus hijos.

Ya sabes, si alguna noche visita la *tatagua* tu casa, no te asustes, ella es *Aipirí* y nunca te haría daño.

*EL BAGÁ DE LOS DIOSES, o de cómo con esta fruta los primeros hombres agasajaban a sus muertos.*

Desde muy antiguo suelen aprovecharse las raíces porosas, blandas y leves del *bagá*, como corcho para flotantes de redes, boyas y tapones. También hoy se aprovecha su fruto para alimento del ganado. Sin embargo, Pedro Modesto descubrió, en boca de los más viejos habitantes de la *Jagua* india, la más antigua historia que se recuerda sobre esta planta, y se la entregó a Adrián del Valle para que la diera a conocer en su libro.

### GLOSARIO

**agasajar.** Halagar o favorecer a uno con regalos. Obsequiar.

**bagá.** Árbol propio de la flora cubana. *Annona glabra* es su nombre científico.

**bagazales.** Lugar donde hay muchos Bagaes.

**casabe.** Pan o torta circular y delgada hecha con harina de yuca.

**cemí.** Nombre que daban los indios a sus dioses, espíritus o ídolos protectores.

Era costumbre de los primeros hombres de *Jagua* dar de comer, de lo que ellos comían, a sus dioses y a sus antepasados muertos que tenían en casa. Los días solemnes en que había mucho de comer: pescado, carne, *casabe*, frutas o cualquier otra cosa, ponían de todo en la casa del *cemí*. Los dioses y los espíritus de los muertos comían todo aquello y, a cambio, ayudaban a los vivos. Provocaban la lluvia y la seca si lo querían los hombres, hacían que hubiera buenas cosechas y alejaban las epidemias.

Los indios de *Jagua*, para agasajar a sus muertos y dioses, daban preferencia en sus ofrendas a la fruta del *bagá*. Provenía este fruto de un árbol silvestre muy común en las tierras bajas, costas, ríos, lagunas y ciénagas de la isla de Cuba, de donde esta planta es endémica.

Por tan espiritual servicio, los bagaes fueron considerados árboles sagrados por los indios de esta isla, de ahí que les

dedicaran especial cuidado a su cultivo. En los meses de abril a junio florece este árbol de hojas elípticas y lustrosas, y en agosto se engalana con sus frutos.

Como era por todos sabido, cuando a los dioses no se les daba de comer aquellas frutas, estos se encolerizaban, ponían cosas malas en los cuerpos de los vivos y causaban graves enfermedades. Fueron los tiempos en que los dioses vaticinaron, a muchas tribus de las islas, que no pasarían muchos años antes de que llegara gente vestida que acabaría con todos los ritos y ceremonias, y que muchos morirían y otros perderían su libertad. Para evitar esto, y para que no faltara el manjar de los dioses, solía verse en agosto y en los bagazales de *Jagua*, a los indios recogiendo estas frutas.

*BAGUANO Y ACUNAY, o de cómo dos espíritus burlones, del agua uno, de la tierra el otro, compartían el no grato oficio de molestar al hombre.*

Según cuenta Adrián del Valle, en tiempos de ser *Cuba* colonia de España, todavía se escuchaba decir: “¿Ves ese hombre de aspecto medio indio, medio chino, viejo, alto, encorvado, cubierta la cabeza con sombrero de fieltro lleno de mugre, vistiendo largo chaquetón roído que casi le llega a los pies, atravesada, de hombro a hombro, una vara o *cuje* que apoya en el pescuezo y sobre la cual a su vez descansan los brazos, quedando las manos pendientes y oscilantes? No te asustes, aunque tampoco debes fiarte mucho de él. Es *Baguano*”. Y luego, en tiempos de la República, era notorio escuchar al lechero decir: “*Baguano* es el culpable de que la leche tenga agua”. Pero fue Pedro Modesto quien le contó a Adrián la más antigua leyenda que hace referencia a *Baguano*. Esta historia que fue recogida por Pedro en la *Jagua* india, también recupera del olvido a *Acunay*, hermano de *Baguano*, y describe a aquellos dos seres míticos, dioses de la lluvia y de la sequía, que colmaron el campo con sus travesuras.

#### GLOSARIO

**Acunay.** Hombre de la tierra. La raíz *cun-*, *con-* en el aruaco *kunuku*, *cunuco*, *conuco* con el sentido de bosque, monte, selva. Según Arrom, *igney* es hombre. Hermano de *Baguano*.

**aguacero.** Como bien recoge el diccionario en sus dos acepciones, es una lluvia repentina, abundante, impetuosa y de poca duración; pero también se refiere a las cosas molestas que en gran cantidad caen sobre alguien.

**Baguano.** Ser de las aguas, o el Aguacero. Según Arrom, *Bagua* significa mar (de *ba*, casa, y *gua*, nuestra), y *no* es sufijo pluralizador masculino. Hermano de *Acunay*. Similares hermanos se encuentran en los mitos indios de La Española y en evidencias arqueológicas de Cuba.

**dientes de perro.** En Cuba, cierta clase de piedra porosa, coronada de puntas muy salientes y que se extienden a lo largo de las costas.

**yuca.** Alimento básico de los indios taínos de Cuba. Es un arbusto con grandes hojas de color verde—azulado y su parte comestible la constituyen las gruesas raíces. *Manihot utilissima* es su nombre científico.

Desde los más remotos tiempos de la *Jagua* india, sus primitivos habitantes conocieron a dos espíritus burlones. Estos dos genios eran hermanos, y compartían el no grato oficio de incomodar a todo aquel que se les cruzara en el camino. Trabajo nada fastidioso para espíritus que se placían con tales perversidades.

Uno se llamaba *Baguano*, que en lengua de indios parece significar ser—de—las—aguas, el—aguas—mucho o el aguacero. *Baguano* vivía sobre los dientes de perro, en los arrecifes y cuevas de la costa. Bebía agua en grandes cantidades y se alimentaba del jugo de la *yuca* que robaba a los indios. Cuando alguien se encontraba en su camino, *Baguano* se consideraba hostigado. No soportaba que hombre alguno merodeara en su territorio. Y bien pronto se libraba del supuesto intruso arrojando sobre él gran cantidad de agua que, en vertiginosa e ininterrumpida cascada, brotaba de sus ojos, nariz y boca. *Baguano* era un verdadero ciclón. Era alegre, burlón y amigo de las bromas pesadas. Escapar de su ataque era cosa trabajosa. Si lo perseguían y trataban de acorralarlo, se refugiaba dentro de los lagos donde estaba tan a gusto (como pez dentro del agua), y permanecía oculto hasta que pasara el peligro.

En cambio su hermano, *Acunay*, le tenía tal terror al agua que ni verla podía, mucho menos tomarla. Por eso vivía muy lejos de *Baguano*, internado en el monte y en las cuevas de las altas montañas. *Acunay* sólo se alimentaba de tierra, la cual comía en grandes cantidades. Por eso *Acunay* en lengua de indios significa *hombre—de—la—tierra*. Era callado y melancólico, pero muy enojadizo y propenso a las riñas. Por ello, quien se cruzaba con él era víctima de su carácter iracundo y peleón.

Si había sequía, o lluvia, los hombres sabían con cual de los dos hermanos podían toparse. Y a su vez, encontrarse con uno, o con el otro, era síntoma de cambio o permanencia del estado del tiempo. Aunque de igual forma, y a veces de manera imprevista, *Baguano* y *Acunay*, cada uno por su parte, no desperdiciaban ocasión alguna para burlarse del infeliz que caía al alcance de sus travesuras.

*EL PACTO DEL MANJUARÍ, o de cómo los primeros hombres aprendieron a pescar.*

Según anotó José Antonio Cosculluela en su libro Cuatro años en la Ciénaga de Zapata (La Habana, 1918): “si fuéramos a relatar las mil supersticiones que sobre el *Manjuarí* se cuentan en Zapata, llenaríamos páginas enteras de relatos infantiles [...] podemos, en cambio, sacar la consecuencia de que este animal fue en un tiempo que no podemos fijar, reverenciado de los habitantes de la cuenca”. Esta leyenda, ahora recreada, sobre los indios de *Cuba*, fue recogida por Cosculluela en su libro. A él se la contaron dos cienagueros de la región: vecino uno del caserío Charcas y el otro de El Soplillar. Ellos nunca pescaron sobre montículos de *guamos* de ojo y supieron conservar la narración.

#### GLOSARIO

**enterrorio.** Enterramiento, sitio de enterramientos o cementerio de indios. Es una palabra muy común dentro de la literatura arqueológica de Cuba.

**guamo.** Especie de caracol grande marino, también conocido por cobo, o por el nombre científico *Strombus gigas*.

**manjuarí.** Pez autóctono de la fauna indoantillana que ha llegado hasta nuestros días. Según Pichardo, hasta de una vara de largo Considerado un sobreviviente de la época de los ictiosauros. Su nombre científico es *Atractosteus tristoechus*.

**venero.** Manantial de agua.

¿Sabes tú por qué en la actualidad el *manjuarí* no habita donde abundan los *guamos* de ojo? ¿No?... Tampoco sabrás que no es de los *guamos* de ojo de quienes sienten miedo estos animalitos, sino del hombre. Sin embargo, muchos aseguran que los *guamos* de ojo tienen la propiedad de alejar a los peces. Y tú te preguntarás: ¿y por qué huyen los *manjuaríes* de estos caracoles, si es a los hombres a quienes temen? La respuesta podemos encontrarla en una antiquísima historia sobre los primeros

cubanos, aquellos lejanos indios que también habitaron la Ciénaga de Zapata.

Estos hombres, en un inicio, se alimentaban de los llamados cobos o *guamos*, que son caracoles que tienen en su interior unos moluscos de muy sabrosa carne. Para comerlo, provocaban la salida del marisco perforando el caracol, de ahí el nombre de *guamo* de ojo.

Cuentan que una tarde se encontraba la tribu en uno de los veneros de la ciénaga, consumiendo los tantos cobos que habían logrado recolectar ese día. La constante del alimento empezó a colmar de tristeza el alma (y el estómago) de esta gente, que ya comenzaban a quejarse de tan rutinaria dieta:

—Ya estoy aburrido de comer siempre lo mismo —comentó uno del grupo.

—Yo también —agregó un segundo— y hasta creo que estoy perdiendo el apetito.

—A mí me sucede igual —añadió un tercero—. La carne del *guamo* es riquísima, pero todo en exceso aburre, ¿no?

—¿Y qué podemos hacer? —preguntó otro.

Fue en ese momento, difícil para la vida dietética de aquellos antiguos, que apareció el *manjuarí*, aquel alargado pez de tantos años, escamoso y con cabeza de *caimán*, especie intermedia entre reptiles y peces. Su largo hocico de mandíbulas provistas de muchísimos dientes originó su nombre: *manjuarí*, que en lengua de indios significa, el—de—muchos—dientes, o el—dientuzo.

La discusión crecía y la solución ni por casualidad asomaba a la cabeza de uno solo de los hombres. Entonces intervino el *manjuarí* y preguntó:

—¿Qué pena los acongoja, humanos? Puedo descubrir en sus rostros que se trata de algo grave.

El anciano de la tribu contó, al pez rey de las aguas, lo abrumados que estaban por comer siempre la misma carne. El *manjuarí* echó una ojeada a su alrededor y vio que por doquier se levantaban montículos de *guamos* de ojo acumulados durante muchísimos años, prueba irrefutable de que los hombres no mentían. Sintió pena por ellos y quiso ayudarles. Luego les dijo:

—No se preocupen, humanos, yo pondré alivio a sus pesares y no sólo les revelaré el arte de la pesca, sino que, además, les



enseñaré las zonas más ricas en alimentos y podrán saborear ustedes los más variados manjares. Pueden estar seguros que no faltaré a mi palabra si, a cambio, me prometen no hacer una pesca indiscriminada.

La tribu se contentó, aceptó la condición sin evasivas y pactó con el *manjuarí* quien, desde ese momento, les procuró una suficiente y diversa pesca.

Pasado el tiempo los hombres descubrieron la red, con la cual podían obtener grandes cantidades de peces. Tantos, que comenzaron a faltar a la promesa que un día hicieron al *manjuarí*.

Cuando el sagrado pez de tantos dientes notó que la confianza que él había brindado a los hombres había sido traicionada, no sólo se alejó de ellos, sino que alertó al resto de los habitantes marinos para que no se acercaran a los lugares donde había montones de *guamos* de ojo, indicadores sin duda de la presencia humana.

Tal fue la irritación del *manjuarí* y de sus co—habitantes del mar, que aún no se puede pescar donde existen enterrorios de estos antiguos hombres. Hoy día los peces, y hasta los cocodrilos, huyen cuando ven gente sobre las pequeñas colinas de *guamos* de ojo, donde se colocaban los indios para hacer sus comidas.

*LA CASIMBA DE MABUYA, o de cómo el espíritu del mal perforó la tierra, regó la inmundicia y dejó pescuecidesplumada al aura tiñosa.*

Todavía circula en el campo cubano la vieja creencia que da vida a *Mabuya* o *Babujal*. Aquel espíritu malo que, según nos cuenta Antonio Bachiller y Morales en su libro Cuba Primitiva (La Habana, 1879), “toma la forma de lagarto y se introduce sin saber por donde en el cuerpo humano y sale si se invoca al espíritu bueno. Es una tradición india. Para asegurar la salida se recomiendan unos latigazos”. Dice, además, que este espíritu se “enamora de las jóvenes y toma, para poseerlas, la forma de un apuesto mancebo; aunque generalmente tiene la figura de un *chipoyo*”. La siguiente tradición, nuevamente recreada, ha sido tomada del libro Mitología cubana (La Habana, 1986) de Samuel Feijóo; a él se la envió el investigador camagüeyano Andrés Carreras, a quien se la contó su amigo Estelio de la Hoz a orillas del río *Tínima*.

#### GLOSARIO

**aura** o **aura tiñosa**. Ave carroñera americana. Conocida en el continente con diversos nombres: zopilote, chicora, galembo, samuro, chulo, carranco, gallinaza y urubú. *Cathartes aura* es su nombre científico.

**caránganos**. Piojo muy grande. Conocido científicamente por el nombre *Haematopinus suis*.

**casimba**. Cavidad formada natural o artificialmente en la tierra, donde se recoge agua de lluvia o de manantial.

**chipoyo**. Camaleón en las provincias centrales y orientales de la isla de Cuba. *Anolis* es su nombre científico.

Contaba un indio hace cientos de años, que hubo un tiempo en que el mundo estaba libre de infecciones. Fue allá por los días en que el *aura* tiñosa, aún, cubría su pescuezo con un abundante plumaje.

Pero un día el espíritu del mal, nombrado *Mabuya*, que en lengua de indios significa el—más—feo, se dijo:

–Lo malo es tan malo, que ni yo que soy bien malo lo puedo soportar. Por primera vez en mi vida tendré que darme un baño, o mejor dicho, un gran baño, para deshacerme de todos estos bichos que habitan en mi cuerpo.

Por única vez el espíritu maligno pareció tener la razón. Su cuerpo, cubierto por un sucio y negro pelo de los pies a la cabeza, estaba repleto de carárganos, pulgas y de cuantos insectos dañinos y parásitos podían existir. Ni un milímetro de su desaseado cuerpo se libraba de la picazón. Realmente su situación era desesperante.

Pensaba *Mabuya* que no era digno de su linaje, el bañarse en una playa o *casimba* a la vista de cualquiera. Decidió entonces construirse una bañera en un lugar secreto. Rastreó muchos sitios sin convencerle ninguno. Hasta que, por fin, halló en la Sierra de Cubitas una montaña tan solapada que, a él mismo, le fue difícil encontrar. Y seguro de que nadie lo observaba, comenzó a cavar su *casimba*.

Pero... no contaba el espíritu del mal con la curiosidad e indiscreción de los hombres, ansiosos siempre de saber todo por qué. Y allí, en el paraje más oculto, era espiado por aquel indio que hace muchísimos años nos enteró de la historia.

Cavó *Mabuya* con sus uñas día y noche sin parar hasta lograr un gran hoyo. Contaba el indio que parecía que los bichos lo tenían furioso, porque la tierra y las piedras salían disparadas como si se tratase del cráter de un volcán en erupción.

Terminada la bañera y mientras se llenaba, aprovechó el malvado espíritu para tomar un descanso después de tan agotadora faena. Cuando despertó, el agua llegaba al borde y loco de contento, y saltando, sumergió *Mabuya* su peludo cuerpo dentro de la *casimba*. Se zambullía eufórico y se rascaba con sus largas uñas despojándose de cuantas suciedades lo martirizaban. Luego, cuando salió del agua, no tuvo la precaución de dejar todas las infecciones presas dentro de aquel pozo, y sin escrúpulo alguno, como era de esperar de un espíritu perverso, sacudió a los cuatro vientos el resto de la inmundicia que quedaba en su pelambre.

Complacido con el baño se tendió en la tierra para secarse al sol. Mientras dormía, su cuerpo cambiaba de color como un camaleón, de amarillo para azul, de azul para verde, de verde para

rojo... y hacía muecas... y reía burlonamente como satisfecho por haber infectado al mundo.

Justo en ese momento un *aura*, que volaba por las cercanías, tuvo sed y fue a beber a aquel hoyo. Tan sólo probó un sorbo de agua y sus ojos empezaron a segregarse una legaña asquerosa, al mismo tiempo que las plumas del pescuezo salían disparadas como flechas. El ave graznaba estrepitosamente:

—¡Auxilio!... mis ojos... me arden... ¡ay!... las plumas de mi pescuezo... ¡qué vergüenza!...

Fue así como, por culpa del espíritu maligno, el *aura* quedó pescuecidesplumada para toda la vida y se convirtió en *aura* tiñosa, y se acostumbró a comer inmundicias, y el mundo fue invadido por los parásitos, suciedades e infecciones que antes sólo habitaban en el peludo cuerpo de Mabuya.

*LA LUZ DEL CACIQUE HATUEY, o de cómo el cielo se ilumina con las cenizas de su cuerpo.*

“La Luz de Yara”, como también se conoce esta historia, está considerada “mito mayor cubano”. Tradición oral que tiene su origen en la zona norte de las provincias orientales de *Cuba*. Todavía hoy son muchos los que aseguran haber visto la luz del cacique *Hatuey*. Hasta hay quien dice que dicha luz se le ha metido en su casa, alumbrándola toda. En los años setenta Samuel Feijóo recogió en su libro una amplia serie de versiones que, sobre este mito, todavía circulaban en el campo cubano. De estas versiones tomamos nosotros ahora para hacerte llegar el relato.

#### GLOSARIO

**cacique.** Voz con que los indoantillanos llamaban a los jefes de caseríos o poblados. Según Arrom, el prefijo *Ka-* significa con- y *siqua* es –casa. El significado literal de la voz india sería Con-casa.

Enterados de que los cristianos se aprestaban a pasar a *Cuba*, un grupo de indios del oriente de la isla se prepararon para resistir la invasión. Los dirigía un antiguo *cacique* de la región haitiana de *Guahabá* nombrado *Hatuey* o *Yahatuey*, que en lengua de indios parece significar: espíritu—que—brilla—en—el—cielo.

Tras varios meses de lucha, *Hatuey* es capturado y condenado a morir en la hoguera. Estando ya atado al poste, un sacerdote que le acompañaba le exhortó a que se hiciese cristiano.

—¿Para qué he de hacerme cristiano, si estos son tan malos? —le respondió *Hatuey*.

—Para ir al cielo y gozar allí de la gracia de Dios —le dijo el sacerdote.

El *cacique* de *Guahabá* se limitó a preguntar si al cielo iban también los españoles. El fraile le dijo que sí, que cuando eran buenos cristianos también iban al cielo. Entonces *Hatuey* le respondió:

—Pues si al cielo van los españoles, yo no quiero ir al cielo.

El *cacique* es arrojado a las llamas. Y mientras el sacerdote, de rodillas, elevaba al cielo una oración fúnebre, los verdugos avivaban el fuego.

Consumido el cuerpo por las llamas, una luz tenue y misteriosa se desprendió de la inmensa hoguera y un viento enorme, colérico, se llevó las cenizas del *cacique* hacia las montañas. Y jamás ese viento ha dejado de acompañarle. Salen a pasear, y la ceniza se convierte en luz que vuela contra el cielo de la noche.

Desde entonces, y en complicidad con el viento, una luz enorme baja de las montañas y vaga errante por las dilatadas llanuras, sobre todo en noches oscuras de menguante. Cuando sale, a partir de la medianoche, casi siempre se mantiene durante una hora.

Corre. Para. Brinca. Cuando está quieta, se agita por dentro para mostrar su vitalidad. Baja a la playa y recorre la costa alumbrándola toda. Volando por encima de la superficie del agua, ronda a los pescadores de ribera. Su reflejo es brillantísimo. Cuando esto sucede no pica el pez, por eso hay que abandonar la pesquería y esperar hasta que la luz se retire. A veces atraviesa la bahía y se mete mar adentro. ¿Adónde va?... nadie lo sabe. Quizás a *Guahabá*, su antiguo cacicazgo en *Haití*. Pero a ciencia cierta, nadie lo sabe. De vuelta, viene por encima del agua, veloz, y se rompe contra los arrecifes. Pero luego continúa. Finalmente coge por la ensenada del río, vuela tierra adentro hacia el lugar de su nacimiento, y allí se apaga. Cuando la luz desaparece se escucha un ruido enorme.

Al pasear, la ceniza se convierte en luz de múltiples colores que el viento lleva. Al principio es una luz roja, de un rojo veteadado encendido y de gran tamaño. Le come la vista por un tiempo a quien la mire fijamente. En donde quiere, la luz se parte en muchos pedazos que luego se vuelven a juntar. Son dos, tres, mil partes que corren alocadamente de un lado para el otro. Son partes iguales pero de diferentes colores. Principalmente amarillo, azul y verde. Unas se van apagando poco a poco, mientras que otras se acercan a la luz más alta y se hacen nuevamente una luz gigante. Cuando se unen éstas últimas, se ve un gran destello.

La luz no se mete con nadie. A veces la gente le dice:

—¡Pártete en siete!

Y se parte.

—¡Pártete en cinco!

Y se parte.

Aquí casi todo el mundo la sigue viendo. Es el alma del *cacique Hatuey*. Su espíritu que ilumina el cielo, pero que no está en el cielo.

***LOS JIGÜES DEL BAYAMO, o de cómo diminutos seres se enfrentaron a la fe cristiana.***

**Todavía hoy se cuenta en el campo cubano que los *jigües*, o *güijes*, salen del fondo de las aguas de algunos ríos en época de San Juan Bautista. Esta historia, que ha continuación te narramos, como toda tradición oral, ha venido pasando de boca en boca. De la región de *Baracoa* la recogió Antonio Bachiller a mediados del siglo XIX. De Bachiller la tomó Fernando Ortiz para su Archivo del folklore cubano. Y de éste Samuel Feijóo para su libro. Dicen que todavía hay gente que relatan sucesos de *jigües* como cosas reales. ¿Quién sabe?**

**GLOSARIO**

**bautismo.** Ceremonia de iniciación en muchas religiones.

**convertido.** Se dice de aquel que se cambia de una religión a otra.

Desde muy antaño, los indios conocieron a unos enanos misteriosos, con gran poder sobrenatural, llamados *jigües*. Pequeñísimos entes desnudos, de piel morena y muy largos cabellos, que habitaban en las aguas, principalmente de los ríos y lagunas.

No eran feos, mucho menos monstruosos. Tenían fama de ser enamoradizos y juguetones. Dentro del agua, gastaban inocentes bromas a las muchachas indias.

Cuando llegaron los primeros españoles a las playas de la isla, éstos rechazaron todo poder superior a los de la cruz y se burlaron de la influencia de los *jigües*, quienes se convirtieron entonces en los enemigos naturales del cristianismo, y comenzaron a ejercitar todo su poder sobrenatural para impedir la ruina de la religión del *cemí*.

Por aquellos tiempos fue conocido que una de las indias que vivía en el país del *Bayamo*, célebre por su belleza de cuerpo y alma, había recibido el bautismo de los cristianos, haciéndose llamar Ana Luisa. El hecho estimuló la proliferación de otros tantos bautismos similares. Viendo los *jigües* que su influencia desorganizada resultaba impotente, decidieron reunirse en una



laguna del país de Ana Luisa, para juntos enfrentar la avalancha cristiana. Y empezaron a trabajar de singular manera entre la población india que se había convertido.

Muy pronto la influencia de los *jigües* comenzó a sentirse. La mortandad de indios e indias era espantosa y los españoles no sabían a qué atribuirlo. Sin embargo, los naturales del *Bayamo* sabían el motivo. Los *jigües* tenían el poder de matar con la vista. Fijaban sus mortíferos ojos en algún neófito, y al momento éste moría terriblemente extenuado por la tisis. Los *jigües* habían decidido apartar a los indios de la fe cristiana, para llevárselos a vivir a las tierras de la religión del *cemí*, a la Casa de los Muertos.

*EL COPEY DELATOR, o de cómo los primeros hombres conocieron la discreción.*

La historia del *Copey* delator la recoge Antonio Bachiller en su libro de 1878. De allí la toma José Antonio Cosculluela y la inserta en su libro de 1918, al comprobar la vigencia de esta “superstición forestal” en la población de la Ciénaga de Zapata. Asegura Cosculluela que “los Montes todos eran para los Indios Cubanos morada de sus dioses, y no se crea que al necesitar maderas de ellos tumbaban cualquiera clase de árbol sin reparar: al contrario, tenían muchísimo cuidado en la selección de ciertas maderas y sólo tumbaban aquellos árboles si por su expreso y propio mandato así lo indicaban”. De ello dan fe los españoles que en los siglos XV y XVI llegaron a estas islas. En la leyenda que a continuación te narramos, el espíritu que habitaba en el *Copey* protagonizó una de las tantas enseñanzas que el monte ofreció a los primeros cubanos.

#### GLOSARIO

**copey.** Árbol silvestre científicamente conocido por *Clusia rosea*.

**cotorra.** Ave endémica de Cuba. Es muy conocida la característica parlotera de esta ave. Habla muchísimo y pronuncia con bastante claridad las palabras que escucha. *Amazona Leucocephala* es su nombre científico.

**encomiendas.** Encargo de un pueblo de indios (o porción de ese pueblo) que antiguamente se hacía a favor de los españoles para servirse de ellos.

**ídolo.** Imagen hecha en madera, o piedra, o concha, o barro, o hueso, o algodón... que adoraban los indios cubanos y que representaba su mundo mágico y religioso.

**jutía.** Roedor comestible, de gran tamaño (casi como un gato) que sirvió de alimento a los indios y a los españoles, y se ha usado con igual finalidad hasta nuestros días. Es un animal fácilmente domesticable. Es el mayor mamífero endémico de Cuba. Su nombre científico es *Ciাপromys pilorides*.

Todavía hay quien se cuida de hablar secretos delante del *Copey*: ¡dicen que es delator! Quizás parezca exagerado... tratándose de un árbol ¿qué otra cosa se puede pensar? Sin embargo, te podemos asegurar que tal aseveración tiene su origen en una muy vieja historia que te queremos contar. Pero antes debes saber a qué llamamos *Copey*.

Con esta palabra nombraron los indios a un árbol silvestre y común de los montes de las islas. Es un árbol de hermoso ramaje, con hojas carnosas, grandes y ovales. Sus flores, en ramillete, son amarillas y rojas, y su fruto... bueno, su fruto como su fama guarda un oscuro y lejano secreto.

Todo comenzó hace muchísimos años, cuando todavía en los montes moraban los dioses de los indios. Estos dioses, entonces conocidos con el nombre de *cemíes*, habitaban en el interior de los árboles.

Por aquellos tiempos los hombres aún no emprendían ninguna tarea si antes no la consultaban con los dioses, es decir, con los árboles. Estos les revelaron muchísimos secretos para la vida, y para la muerte. Incluso, los árboles mandaban a los hombres a que los cortaran y tallaran en forma de ídolos, para que los adorasen en sus casas.

Pero también ya eran los tiempos de la conquista y colonización española. Y los espíritus, ante la debilidad tecnológica de los guerreros indios frente a los soldados extranjeros, se apuraban en ofrecer a los antiguos todo tipo de lecciones de lucha y resistencia. Una de estas fue la que protagonizó el espíritu del *Copey*, el cual, sabiendo que las buenas causas también se ganan desde una actitud reservada y prudente, se las ingenió para que los hombres asumieran estas habilidades.

Para ello se aprovechó de que los españoles, a falta de papel y lápiz, tenían por costumbre utilizar la hoja del *Copey* y el piñón para escribir, y propició la siguiente historia.

Un español que tenía unas encomiendas en las minas de *Arimao*, ordenó a uno de sus indios un viaje al pueblo *Yaguaramas*. El indio debía llevar a un compatriota de su encomendero nada menos que tres *jutías* asadas, rico manjar muy apreciado por aquellos primeros cubanos. Acompañaba a las *jutías* una hoja de *Copey* escrita.

El viaje fue tan largo y tanto caminó el indio que decidió descansar. Y no sabemos si fue más la fatiga a causa del hambre, la glotonería o la influencia invisible del espíritu del *Copey*, lo que le hizo pensar: “Si me como una *jutía*, el español a quien debo entregarla no lo sabrá. ¿Cómo habría de enterarse si no hay un alma por estos lugares? Además, qué va a saber él si fueron dos o tres *jutías*”.

Miró bien a su alrededor, se aseguró que ni siquiera una cotorra lo estuviera observando, y sin perder más tiempo, se comió una *jutía* hasta chupar los huesos. Se comió una segunda, reservando sólo la tercera para el español amigo de su encomendero. Nada preocupaba al indio. A fin de cuentas, el único testigo de tal atrevimiento era la inútil hoja de *Copey* que llevaba consigo. “Además, qué va a saber él si fue una o tres *jutías*”.

Luego continuó la marcha hasta llegar a *Yaguaramas*. Entregó allí su encargo y, para sorpresa suya, apenas había corrido el tiempo cuando ya todos estaban enterados de su tremendísima comelata.

La suerte que corrió el indio aún no la sabemos, pero no debió ser muy buena cuando a partir de ese momento los indios, que siempre habían visto en el *Copey* a un espíritu bueno, lo consideraron soplón, instigador de intrigas y enemigo de la paz.

Desde entonces, jamás volvieron a tratar sus asuntos cerca del *Copey*. El árbol veía con tristeza como los indios se reunían muy lejos de su sombra. Y cuando por necesidad debían reunirse próximo a uno de estos árboles, los cortaban y quemaban sin emitir una sola palabra.

Muchos han reflexionado acerca de la triste suerte del *Copey*. Unos la consideran injusta alegando que no fueron ni el *Copey* ni su hoja, evidentemente, los delatores de tal comelata, sino aquel escrito que anotara el español en la hoja de este árbol. Otros, en cambio, opinan que de una mata con frutos venenosos no se puede esperar otra cosa que chismes e intrigas. Todavía en nuestros días al flojo de lengua le llaman *copey*.

La realidad es que, del sacrificio del *Copey*, nunca se enteraron los antiguos hombres. Lo sucedido hacía latente la llegada de una nueva época en la que se diluía el diálogo entre indios y árboles. No obstante, y a pesar del dolor que sobre su

tronco provocaba el golpe con hacha de piedra del indio con recelo, el *Copey* sentía la satisfacción del deber cumplido: nacía un hombre juicioso y discreto.

***LA CEIBA DE LA PAZ, o de cómo un árbol es reverenciado por sus atributos conciliatorios.***

Del campo cubano es la *ceiba* uno de esos árboles dotados de cualidades sobrenaturales. Se asegura que por mucho dinero que se ofrezca, no se encuentra a un *guajiro* que sea capaz de derribar una *ceiba*. También se conoce que desde hace más de cuatrocientos años, cada 16 de noviembre (día de la fundación de la villa de San Cristóbal de La *Habana*), se puede ver a muchos habaneros darle la vuelta a la *ceiba* de El Templete (lugar donde se asegura se ofició la primera misa), y pedir un deseo “que no se le puede decir a nadie para que se cumpla”. Estudiosos como Antonio Cosculluela y Samuel Feijóo, también han recogido en sus libros algunas leyendas que atestiguan que, desde muy antiguo hasta hoy, la *ceiba* ha sido reverenciada por todos.

**GLOSARIO**

**ceiba.** Árbol silvestre y uno de los más corpulentos de la flora cubana. Su denominación científica es *Ceiba pentandra*.

**guajiro.** En Cuba, hombre de campo, campesino. Lo caracteriza su sombrero de yarey que no se quita para nada, machete al cinto y un conocimiento práctico del campo como pocos tienen. De ellos cuentan que no hay vegetal que no conozcan y distinguen con sus propiedades terapéuticas y demás utilidades. Según Arrom, *gua-*, es el prefijo pronominal ‘nuestro’ y *xerí* que se corresponde con el aruaco *a-harí*, ‘camarada’, ‘compañero’, ‘compatriota’. De modo que guajiro significaría ‘nuestro-compañero’ o ‘nuestro-compatriota’.

De entre los muchísimos árboles del campo cubano, es la *Ceiba* uno de los ejemplares más reverenciados. En época remota, y por las maravillas que se cuentan de su influencia, pareció encarnar esta planta uno de los espíritus más fuertes y conciliatorios del panteón indígena.

Conocida como el gigante de los campos, la *Ceiba* se distingue desde muy lejos. Se eleva majestuosa sobrepasando a veces la altura de veinticinco metros. No se le ve en concentraciones, sino más bien aislada. A sus pies, parece este árbol querer conectar la tierra y el cielo.

Tres hombres no abarcan el diámetro de su tronco. Al principio se ve erizado de púas cortas, poco agudas, gruesas, las cuales pierde con la corteza según la edad. Entonces dichas púas se reducen a las ramas y partes más nuevas de la planta. En lo alto, su copa se abre como los cien brazos de un gigante. A pesar de su altura, la configuración horizontal del conjunto de sus ramas la hace ser respetada por el rayo.

Florece en marzo y abril, y da unas semillas que son del tamaño del grano de pimienta. El hecho de que de tan pequeña simiente, que brota a los tres meses, surja en el correr de los años este árbol tan descomunal, ha impresionado a los hombres. Por ello solía verse a los indios, desde sus *hamacas*, observar el cielo a través de sus ramas.

Haciendo atributo a su carácter concordante, la *Ceiba* no pone reparos en ofrecer, al sediento caminante, el agua que conserva entre sus raíces. Tampoco en que sobre ella vivan muchísimas plantas parásitas como el *curujey*, y encuentren refugio un sinfín de aves como la *caraira*, la *cayama*, el *chichinguaco*, los gavilanes o *guaraguaos*, los solibios o *guanicas*, los *mayitos* y tantos otros.

Aseguran que alrededor de las *Ceibas* se encontraban las casas de los primeros hombres. Y que debajo de estos árboles se reunían los consejos de caciques para deliberar sobre la vida pasada y futura de las tribus.

Cuentan que en el tronco de una *Ceiba* del *Camagüey*, casi llegando al follaje, hay una flecha clavada, símbolo de las luchas entre indios y españoles. Y que al lado de esa *Ceiba*, en noches de cuarto menguante, salen las figuras de dos indios cubanos.

También se dice que debajo de una *Ceiba* de la región central de la isla, un consejo de caciques acordó, enterados de la invasión de Pánfilo de Narváez y de su victoria sobre los indios del *Camagüey*, no hacerle resistencia.

*EL CONVERSO DE LA JAGUA INDIA, o de cómo un cristiano pactó con las antiguas deidades.*

La historia de los cimientos del Palacio Valle es una antigua leyenda que recogió Pedro Modesto hace muchísimos años en la ciudad de Cienfuegos. Pedro se la entregó a Adrián del Valle para que éste le hiciera el gran favor de acogerla bajo su protección, y la adoptara como si fuera hija suya y la presentara en forma de libro, junto a otras leyendas recogidas por ambos en las fiestas del centenario de esta ciudad (Tradiciones y leyendas de Cienfuegos, La Habana, 1919). Según cuentan todavía en Cienfuegos, el Palacio Valle (antigua finca morisca) está construido sobre los cimientos de un antiguo edificio que brotó por la magia de antiguas deidades indias. Es una historia que habla de los primeros contactos indohispánicos, de los enfrentamientos y las tolerancias religiosas, y de la nostalgia del emigrado.

#### GLOSARIO

**converso.** Aquel que se cambia de una religión a otra.

**mudéjar.** Estilo arquitectónico que fusiona elementos cristianos y mahometanos.

Cuenta la tradición que José Díaz fue el primer europeo que se estableció en las costas del país de *Jagua*. Era muy joven cuando arribó a estas playas. Fue en un lugar llamado *Tureira*, que en lengua de indios significa brillante o luciente.

Como era hombre sociable, entró en amistosas relaciones con las tribus que habitaban la zona. Y muy pronto encontró el amor en una bella india, *Anagueia*, con la cual se unió y tuvo numerosa descendencia que perpetuó su apellido.

Aunque católico, José respetó las creencias de los antiguos hombres, limitando su esfuerzo catequista a convertir a su esposa al cristianismo.

Reducido por la nostalgia de su Granada natal, se propuso construir un edificio que por su tamaño y calidad le recordara su procedencia andaluza. Pero inútiles fueron sus esfuerzos al no disponer de materiales, brazos, ni otros recursos suficientes para



llevar a efecto tal empresa. Tampoco, después de muchos rezos, recibió la ayuda de su dios al que le pareció inadecuado construir una patria dentro de otra patria.

Entonces, impotente y desesperado, pidió a las deidades indias, en particular a *Jagua*, que le ayudasen a realizar su sueño. Por lo que cedió a la práctica de una serie de ritos indios.

Cada día se veía a José camino del templo de los dioses indios, con una cesta repleta de frutos del *Bagá*. Allí se los ofrecía, y allí cantaba y danzaba para estas deidades.

Y sucedió que, bondadosos los entes del panteón indiano, atendieron sus súplicas. Y como por arte de encantamiento surgió un hermoso edificio del más puro estilo mudéjar.

*Anagueia*, ya cristiana convencida, no entendió que su marido se entregase a aquellas ceremonias a favor de las antiguas deidades. Creyó entonces que todo era obra de *Mabuya*, el espíritu maligno, y temerosa de la supuesta ofensa al dios de los cristianos que había hecho suyo, invocó el auxilio del mismo.

Fue así como el dios de los cristianos rompió el encantamiento y el edificio fue destruido, quedando sólo los cimientos.

*LA VIRGEN MESTIZA DE JAGUA, o de cómo la lujuria del pirata Jean, el agrado de Dios, una tuna y un cují, dieron origen a la flor marilope.*

Buscando viejas historias sobre los antiguos habitantes de Cuba, se encontró Pedro Modesto en la antigua zona de la *Jagua* india. Allí le contaron una leyenda que recordaba cómo surgió, por deseo divino y del encantamiento de una india mestiza de nombre Mari López, la flor que lleva este nombre. Con el agrado del dios de los españoles y de dos plantas indias, silvestres y cubanas, fue posible tal encantamiento. Dichas plantas, de flores amarillas, responden al nombre de *tuna* y *cují*. Esta historia testimonia los primeros años de la colonia, el resultado mestizo de los amores entre indias y españoles, así como los aportes culturales de uno y otro bando. También confirma la presencia de la piratería en esa región de Cuba que, durante más de un siglo, fue nido de esos llamados “Demonios de los Mares”. Quiso Adrián del Valle, al publicarla en su libro, darle larga vida a esta sorprendente tradición que un día le contara Pedro Modesto. Ahora nosotros la narramos para ti.

#### GLOSARIO

**cují.** Aroma amarilla común en las sabanas áridas y en los terrenos bajos próximos al mar. Científicamente conocida por *Acacia farneciana*.

**marilope.** En Cuba, planta silvestre científicamente conocida por *Turnera ulmifolia*.

**tuna.** En Cuba, cactus con ramificaciones en forma de paleta. Su fruto, conocido por Higo chumbo o Tuno, se come y es muy diurético. De ahí que *tuna* en lengua de indios signifique “agua”.

**inmaculada.** Sin manchas.

De los amores de un español con una india, hace muchísimos años, nació en *Jagua* una niña a la que llamaron Mari López. Era hermosa la pequeña. De su padre, heredó las facciones europeas que contrastaban con aquellas características que

heredara de su madre: el dorado tinte de la piel y la negrura del pelo y los ojos.

Educada por su padre, hombre profundamente piadoso, creció Mari López en un ambiente místico. El cultivo de las más bellas y variadas flores, que luego ofrendaba al dios de los cristianos, era su labor favorita. Su capacidad para amar era su mayor virtud. La joven era capaz de sentir amor no sólo por sus padres y el prójimo, sino también por todas aquellas cosas del mundo terrenal, que consideraba resultado de la creación divina. Por ello cuidaba y amaba tanto a una flor como a una avechilla. Era su alma como una fuente inagotable de la que brotaba el más puro amor.

Era también una muchacha alegre y apasionada por el canto. De ahí que muchos jóvenes de la comarca la pretendieran por esposa. Pero Mari López nunca soñó con casarse. Su más ardiente aspiración era consagrar su vida a la cristiandad e ir, inmaculada, al eterno paraíso celestial ofrecido por el dios de los cristianos a sus fieles.

Sucedió que un día penetró en la bahía de Jagua una nave en busca de reparación. La capitaneaba Jean el temerario. Éste era un pirata joven y de arrogante figura. Acostumbrado a tener, por las buenas o por las malas, todo cuanto se le antojaba. Desfiguraban su rostro, bronceado por el sol de los mares, la dureza de su mirada y una enorme cicatriz que le cruzaba la mejilla izquierda.

Cuando el pirata vio a Mari López sintió una gran admiración por su belleza y quiso poseerla. Sin embargo, toda vez que se acercó a ella para pretenderla en amores, fue amablemente rechazado. Pero no era Jean de los hombres que aceptaban el fracaso. Así pasó que, un día, frenético de pasión y encolerizado por la constante negativa, se acercó a la joven e intentó abrazarla por la fuerza.

Luego de un esfuerzo sobrehumano, logró Mari López desatarse de aquellos fortísimos brazos que la aprisionaban con una pasión cruel y desmedida. De inmediato echó a correr a toda marcha, pero cuando ya se creía a salvo, algunos marineros del soberbio pirata salieron a su paso y la detuvieron por la fuerza.

Cuando llegó Jean, nuevamente la tomó en sus brazos y le dijo:

—Nada ni nadie se le resiste a Jean el temerario. Si no has de ser mía por tu propia voluntad, entonces lo serás por la fuerza.

La muchacha, que esta vez no podía escapar, no encontró otra salida que la de pedir ayuda a su dios, al que llamaba, desesperada, a gritos. De golpe, y sin que mediara el tiempo, brotó de la tierra y de manera milagrosa una enorme *tuna* de agudas y penetrantes espinas que se interpuso entre la joven y su perseguidor. De entre las hojas muy anchas, carnosas y gruesas de esta planta, pudo todavía verse el fruto o tuno que, en su extremo superior, ostenta una flor cuyos pétalos amarillos nacen inmediatamente de él, a manera de corona. La delicada flor de la *tuna*, nacida entre tantas espinas, invitaba al pirata a abandonar sus malos instintos.

Pero Jean, dado a las peores intenciones y en un arrebato de ira por su nuevo fracaso, sacó del cinto su pistolete y disparó e hirió a Mari López en la frente. La muchacha cayó al suelo al tiempo que una blanca paloma, cual si fuera el alma de la joven, emprendió su vuelo. La intensa luz de un relámpago cegó a los piratas que, segundos después, quedaron atónitos al ver arder la *tuna* y el cadáver de la joven.

De las cenizas de estos surgió una planta de *cuji* en forma de cruz. Las hojas doblemente aladas de esta planta de un verde claro dejaban ver, entre sus espinas, pequeñas flores amarillas que, reunidas, ofrecían una mota esférica y olorosa. A los pies de esta planta en cruz, aparecieron hermosas flores color de azufre posteriormente conocidas con el nombre de marilope.

Es hoy la marilope una planta silvestre de hojas pecioladas, lanceoladas y dentadas, y del verde más intenso. Su flor, de color amarillo, es grande y tiene cinco pétalos y una prominencia en el centro.

La tradición representa a Mari López, la virgen mestiza de la *Jagua* india, vistiendo larga túnica amarilla, con una tosca cruz de madera de *cuji* en el pecho y sobre la cabeza un largo velo coronado con flores de *cuji*. Trae siempre en sus manos una cesta llena de las flores que tienen su nombre.

## ¿Por qué conocer las palabras de los taínos?

El pueblo *taíno*, como él mismo se llamó ante los españoles, ‘somos buenos’, para diferenciarse de los antropófagos *caribes*, fue quien dio la bienvenida al europeo al nuevo mundo. Víctima de la enfermedad, el mestizaje, la aculturación y la matanza, lo que quedó de él fue llegando a nuestros días a través de su cultura material –rescatada por la arqueología– y, sorprendentemente, a través de su lengua, que también fue la primera conocida de toda América.

Ninguna otra lengua influyó tanto en el español, y sus palabras sueltas, hoy ineludibles en nuestro léxico, evocan un pueblo que temía los *huracanes*, pescaba y viajaba en *canoas*, dormía en *hamacas*, y tenía grandes *caciques*, como los héroes *Hatuey* y *Guamá*.

A falta de una escritura, la lengua *taína* (que es como se llama en el *Caribe* a la *aruaca* centrosuramericana) es como una llave que abre el pasado, a través de huellas y antiguos objetos, que hoy se pueden ver en museos y cuevas, y nos permite acercarnos y escuchar a personas que, como nosotros, dejaron en el aire el sonido de sus palabras, de su mundo. Todavía hoy se escuchan, como un eco.

Las leyendas aquí ofrecidas por José Ramón y Marlene García hacen que oigamos a esos hombres como iguales, que nos lleguen sus palabras (inmersas dentro de la lengua española) y resuenen llenas de vida, gracias al amor de estos autores.

Esteban Maciques Sánchez.  
Alcalá de Henares, 2015.

## **ALGUNOS LIBROS CONSULTADOS PARA ESCRIBIR ESTE LIBRITO.**

- Arrom, José Juan: *Estudios de lexicología antillana*. Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 2000. *Mitología y artes prehispanicas de las Antillas*, ed. Siglo XXI, México, 1975.
- Bachiller y Morales, Antonio: *Cuba primitiva*. La Habana, 1879.
- Cárdenas Ruiz, Manuel: *Crónicas francesas de los indios caribes*. Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe.
- Coscolluela, José Antonio: *Cuatro años en la Ciénaga de Zapata*. La Habana, 1918.
- Del Valle, Adrián: *Tradiciones y leyendas de Cienfuegos*. La Habana, 1919.
- Diccionario de la Lengua Española* (RAE), ed. Espasa Calpe, S.A., Madrid, 1992
- Feijóo, Samuel: *Mitología cubana*. Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1986.
- Pané, Ramón: *Relación acerca de las antigüedades de los indios*, ed. Siglo XXI, México, 1974.
- Pichardo, Esteban: *Diccionario provincial casi razonado de voces y frases cubanas* (sic). La Habana, 1875. Edición de Ciencias Sociales, La Habana, 1976.
- Valdés Bernal, Sergio: *Las lenguas indígenas de América y el español de Cuba*. Editorial Academia, La Habana, 1991.
- Veloz Maggiolo, Marcio: “Un vocabulario arawaco del siglo XVIII”, *Boletín del Museo del Hombre Dominicano*, Santo Domingo RD, nº3 octubre 1973 :332-347.

Con esta compilación, los tímidos habitantes de la antigua floresta mitológica antillana vuelven a hacer travesuras: *jicoteas*, *tataguas*, *manjuaríes* y *auras* tiñosas se entremezclan con vengativos *jigües* y *huipias* nocturnales, ectoplasmas errantes y veneradas arboladas que aún despiertan ciertos atávicos temores entre los contemporáneos que pernoctan en montes, cuevas o abrigos rocosos de ciertas comarcas isleñas.

Pablo J. Hernández González

Las leyendas aquí ofrecidas por José Ramón y Marlene García hacen que oigamos a esos hombres como iguales, que nos lleguen sus palabras (inmersas dentro de la lengua española) y resuenen llenas de vida, gracias al amor de estos autores.

Esteban Maciques Sánchez

**EECC2003**

Edición *EstudiosCulturales2003.es*  
Miami, enero de 2015

[www.estudiosculturales2003.es](http://www.estudiosculturales2003.es)  
[jralonso1963@gmail.com](mailto:jralonso1963@gmail.com)